

CAPÍTULO 1

Las manos crispadas del bosque rasgaban el manto, el vestido y la piel de la insensata mujer que osaba atravesarlo en aquella terrible noche. Mas en su apresurada carrera, ella conservaba el instinto de proteger con su propio cuerpo un pequeño bulto palpitante que emitía un agudo llanto.

Tal era la velocidad que imprimía a su huida, que a cada salto que daba no sabía dónde plantaría la siguiente pisada. Con toda probabilidad, acabaría dando con sus huesos en un suelo cubierto de guijarros, barro y hojas. Se hallaba rodeada de sombras y oquedades, entre troncos de tamaño brutal, en un paraje cuyos múltiples rostros revelaba el serpenteo ocasional de un relámpago.

A pesar de su temor a que algún rayo les cayera encima y les convirtiese a ella y a su hijo en meras figuras carbonizadas, de vez en cuando se detenía. Debía darle aliento a su corazón, que le golpeaba el pecho para exigirle un descanso. Con el cabello adherido al rostro a causa de la fina lluvia que caía y al mismo sudor que aquella desenfrenada carrera expulsaba de su cuerpo a fuerza de latigazos de miedo, contempló a la criatura, que parecía haberse quedado dormida.

–Dichoso tú, que puedes, incluso en este instante de desesperanza para tu madre, encontrar el sueño... Eres tan hermoso.

Aquella joven, que no debía superar la veintena, no derramó ni una lágrima y su gesto se endureció en cuanto apartó la vista del bebé. Aguzó sus oídos para averiguar si todavía la perseguían los jinetes.

Por unos instantes creyó que les había dado esquinazo. Sin embargo, tras el estallido de un trueno ensordecedor, escuchó con temor el lento trote de caballos. Alguien inspeccionaba el terreno no muy lejos, por lo que el más mínimo ruido de un pie mal apoyado sobre una rama o, peor aún, el llanto del pequeño, pondrían fin a su escapada. Así pues, le introdujo en la boca su dedo meñique, lo que permitió que este continuara durmiendo a pesar de las condiciones en las que se hallaban.

La tormenta fue tomando ímpetu y su voz se hacía oír con más fuerza a cada minuto que transcurría. Un nuevo relámpago iluminó todo a su alrededor; apenas unos metros más adelante, la fronda que tan bien conocía perdía sus formas y se deshacía en un paisaje que se tornaba pedregoso. El olor a salitre le recordó que el mar estaba a escasa distancia de ellos, estrellándose contra los riscos que tanto respeto le habían inspirado desde que era niña.

El estentóreo batir de los truenos en esa caja de resonancia que era el bosque le impedía escuchar el lamento de las olas, que resbalaban por la pared del acantilado y la llamaban. Sí, quizá la llamaban para que acabase con todo aquello y descansase de una vez.

–Maldita sea, ¿qué puedo hacer? –musitó.

Si permanecían allí, en ese recoveco entre unos matorrales, tarde o temprano los encontrarían. Después de todo lo que habían pasado, de lo que había sido necesario hacer para evitar que los atraparan. Pero ¿por qué demonios le había hecho Fiona correr hacia una muerte segura al enviarlos a los acantilados de Moher? Cuando aquellos hombres aporreaban ya las puertas de su casa, la anciana le indicó dónde debían dirigirse para salvar su vida y parecía saber muy bien lo que decía. Aun así, ahora, en mitad de esa pesadilla, atrapada en un espectral laberinto que no ofrecía sino el cobijo de la humedad y sus afiladas ramas, la joven dudaba de la sabiduría de la mujer.

–Lo he intentado con todas mis fuerzas –dijo mirando al bebé–, Dios lo sabe... Pero te prometo que, si se nos permite volver a vernos en otra vida, no dejaré que nos separen nunca... – Suspiró–. Al menos eso lo he conseguido. Nadie te alejará de mí.

Tomó aire y emprendió de nuevo la huida exponiéndose a la vista de sus perseguidores, que con el estallido de rayos cada vez más frecuentes, no tardaron en vislumbrarla mientras se abría paso entre las rocas y ascendía hacia los acantilados. Sin aliento y empapada por la cantidad ingente de agua que la tormenta parecía haber estado acumulando con codicia para dejarla caer sobre ella, la joven se aproximó poco a poco a la cumbre. No podía evitar resbalar en el barrizal que se deslizaba en cascada por la empinada cuesta; en muchas ocasiones tropezó y cayó al suelo con su tierna carga en los brazos, si bien no permitió ni una sola vez que el pequeño llegara a tocarlo.

En el momento en que su cuerpo, agitado por el sobrehumano esfuerzo, estaba a punto de derrumbarse cuando casi había llegado a lo alto, echó un vistazo atrás. Sus dilatadas pupilas, apenas visibles tras una cortina de gotas que se le agolpaban en las pestañas y le nublaban la visión, confirmaron lo que temía: los jinetes, que jugaban con la ventaja que les conferían sus monturas, se aproximaban con rapidez por la falda de la ladera que ella ya había recorrido. Fue entonces cuando el miedo y también su propio orgullo le inyectaron un renovado impulso para correr hacia el borde. Más allá se adivinaba una caída sobre las fauces de aquella bestia salada que, ahora sí, hacía oír su temible bramido mientras vapuleaba con todo su poder las rocas. Cuando llegó a lo más alto, temblando como si fuera a deshacerse en fina arena y sin fuerzas que la mantuvieran en pie, se giró hacia sus perseguidores, quienes se encontraban a tan solo unos pasos de ella.

Con las espadas desenvainadas todos a excepción de uno, que parecía ser quien los lideraba, y seguros como estaban de la captura, sonreían con desdén ante la débil criatura que se hallaba acorralada entre ellos y el abismo. ¿Cómo se habría atrevido a escapar? ¿Para qué, al fin y al cabo? ¿Para despeñarse ahora con su hijo en los brazos? No, claro que no, estaba atrapada y ella lo sabía. Sin embargo, esos hombres desconocían la determinación de la joven. Cuando los cascos de los caballos pisaban ya su sombra, esta miró a su hijo, que estaba despierto y esbozaba una hermosa

sonrisa. Eso era todo lo que necesitaba para confirmar su decisión. Besó aquella carita empapada de lluvia y dejó impresa en las tiernas mejillas la huella de su corazón, que se desgarraba de dolor ante lo que iba a hacer.

Sin mediar palabra con aquellos desalmados, semejantes a fieras carroñeras que quisieran repartirse una indefensa presa, dio un paso atrás para acercarse más al precipicio. La tormenta, con renovado vigor, exhaló desde sus titánicos pulmones un rayo que alcanzó de lleno a la mujer, cuyo grito, magnificado por las rocas, retumbó con tal potencia que pareció rasgar cielo y tierra en un solo instante.

—¡Noooo! —el grito, casi inhumano, resonó entre las cuatro paredes de la habitación y despertó con violencia al hombre que hasta hacía unos segundos se revolvía en su lecho. Estaba empapado, pero no por lluvia, sino por un intenso sudor que le resbalaba por las sienes y el pecho. La fuerza de su propia voz le había hecho incorporarse, como si un rayo lo hubiera fulminado a él también.

Permaneció sentado en la cama, con la respiración agitada por las imágenes que había visto en sus sueños. Alargó el brazo y encendió la luz de la lámpara que reposaba en la mesilla. Cuando comenzaba a tranquilizarse, la puerta de su habitación se abrió de golpe y entró una mujer embutida en una bata. Tendría unos cincuenta y tantos años y llevaba el pelo sujeto por unos rulos que le daban una apariencia peculiar.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó nerviosa—. Parecía que te estuvieran matando. No sabes el susto que me he llevado, hijo.

—Lo siento, Dora... Estas pesadillas me van a volver loco —intentó relajar su desbocada respiración—. Espero no haber despertado a mi madre también.

—Pues me parece difícil, porque con esos gritos te habrían podido oír a millas de distancia... Ahora iré a su habitación a ver si sigue dormida —se aproximó a él y apoyó una mano en su hombro—. Y no te preocupes, que no eran más que sueños —suspiró—. No es de extrañar..., con lo que ha pasado.

Al escuchar aquellas palabras Connell alzó el rostro y ella pudo leer en él un gesto que parecía denotar un dolor físico. Tras mirarla muy serio bajó los ojos, se pasó una mano por el pelo y permaneció en silencio. Entonces, la mujer se sentó en el borde de la cama y le cogió una mano.

–Perdóname, niño, siento habértelo recordado. Bastante duro es todo ya, con el día tan terrible que hemos tenido... –intentó dejar de hablar, pero las palabras seguían brotándole sin que pudiera detenerlas–. Tener que enterrar a la pequeña Cailyn mañana...

Se le quebró la voz al pronunciar aquel nombre, de modo que se forzó a callar y las lágrimas, por poco, no llegaron a derramarse. Se acercó la mano del joven a los labios y le dio un breve beso. La estrategia le permitió bajar la vista y evitar que él viera sus ojos.

–¡Soy una vieja estúpida que todo lo estropea! Tendrías que echarme de tu habitación a patadas... –se puso en pie y ya se disponía a marcharse, cuando él se levantó de un salto tras ella, la hizo girarse y la abrazó.

Cuánto la quería. Aunque no era familia suya, la sentía como si de una tía se tratara y ella lo había cuidado durante toda su vida. De hecho, Connell era el responsable, por así decirlo, de su nombre. Tanto ella como Catherine, la madre de él, siempre contaban la anécdota divertidas: cuando Connell apenas comenzaba a hablar, aparte de la palabra "mamá" empezó a decir "Dora" para referirse a aquella mujer. Al parecer, el apelativo les había hecho tanta gracia que decidieron, con el beneplácito de la misma Doireann, pues ese era su verdadero nombre, llamarla desde ese momento Dora. Además, comprobaron que a los españoles les resultaba mucho más fácil utilizar aquel nombre que el gaélico original, por lo que acataron de buena gana la decisión del pequeño.

Ambos permanecieron abrazados, la barbilla de él apoyada en el hombro de ella, que era bastante más baja, mientras Dora le daba pequeñas palmadas en la espalda, como si acunara a un bebé. Pero la cara de Connell no estaba cubierta por las lágrimas como la oronda mujer suponía, sino que su mirada, endurecida por la poca luz que la penetraba, enfocaba una fotografía que reposaba en un estante. En ella podía verse un semblante de tez más bien pálida, con grandes ojos marrones verdosos y un cabello rizado del color de las llamas. La joven, de unos trece o catorce años, rodeaba el cuello de Connell encaramada a su espalda y retaba con una sonrisa fresca y descarada a la cámara. Con su mano derecha y sin que su hermano se hubiera percatado, hacía un gesto parecido a una uve por encima de la cabeza de este, que también sonreía desde el pasado. Ambos rostros observaban al Connell del presente desde un ayer tan cercano que este sintió que su propia respiración, de pronto, le provocaba un dolor insoportable.

Dora se separó de él, lo miró con cariño y le puso en orden el cabello, revuelto tras la tensión vivida en sueños.

–Anda, vuelve a la cama –le dijo, y él la obedeció. Tras cubrirlo con las sábanas y la manta, suspiró–. Cuando he entrado con estos pelos y has puesto esa cara de sorpresa, de niño asustado... parecía como si el tiempo hubiera retrocedido. Como si todo estuviera bien y no hubiera ocurrido

nada –de nuevo se le apagó la voz–. Si quieres vuelvo enseguida con una tisana de las mías. Ya sabes, con un poco de aquí y de allá te haré una infusión que te ayudará a dormir.

–¿Una de tus famosas pociones para dormir? No, creo que no me apetece nada, gracias. Y te recuerdo que ya no soy ese niño del que hablas. Me van a caer los treinta dentro de nada – contempló pensativo a la mujer y adivinó el agotamiento en sus ojos–. Anda, vete a dormir, que al final te desvelarás... Y con tu edad tienes que descansar –un halo de travesura atravesó fugaz su mirada, lo que bastó para que ella lo regañara entre bromas por llamarla vieja, y se marchara refunfuñando mientras cerraba la puerta tras de sí con suavidad.

Connell abrió los ojos y permaneció inmóvil en la cama, mirando al techo. Por suerte, el agotamiento le permitió dormir un par de horas más sin tener pesadillas. Otro sueño como el que había tenido en mitad de la noche y se habría visto obligado a levantarse mucho antes, sin nada que hacer, excepto pensar... Y recordar.

Se dirigió hacia la ventana para correr las cortinas. La penumbra se aferraba a la habitación con dedos prestados por las nubes y por una niebla que avanzaba con sigilo en un punto no muy lejano del horizonte. El pinar de enfrente todavía exhibía sus copas y senderos, pero apenas unos metros más allá, las almenas del castillo ya habían sido succionadas por un aliento blanquecino que parecía querer devorarlo entero y que, sin duda, lo haría en breve.

Se dirigió hacia el baño con la esperanza de no encontrarse con nadie por el pasillo. Aún no y menos con ella. Una vez dentro cerró la puerta aliviado y comenzó a desnudarse frente al espejo. La imagen que este le devolvió mostraba a un hombre de rostro serio, aunque la forma y expresión de los ojos delataban la frecuencia con la que la risa los visitaba. De hecho, alguna persona le había dicho que los tenía sonrientes, si es que aquello era posible. La mirada era serena, pero tras ella se intuían el cansancio y el dolor. Los labios eran finos y la cara pequeña, de proporciones equilibradas. Sus iris se vestían cada día con la luz que el cielo mostrara, de manera que aquel tendían más hacia un color gris que al habitual azul claro. Su delgado torso mostraba el vigor y la juventud vacilante ante la proximidad de cierta madurez, así como una blancura moteada tan solo por unas cuantas pecas de color canela. El pelo, de un tono castaño claro con destellos rojizos muy tenues, aparecía desordenado en una corta melena que en algunos puntos le rozaba los ojos.

Se quedó absorto tras la cortina de su propia mirada en el reflejo, donde su mente se perdió por entre los caminillos de un bosque muy verde. El sol desperdigaba sus rayos a través de las ramas, esparciendo por el río destellos que se resistían a deslizarse por el estrecho cauce. Un poco más allá, en la orilla, jugaba una niña vestida con vaqueros y un anorak rojo que palidecía ante la intensidad del color de sus cabellos.

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

–Connell, ¿estás ahí? –era la voz de su madre. Si permanecía callado, tal vez ella se marcharía. Todavía no estaba preparado para mirarla a los ojos y ver su rostro derrotado por el dolor de las últimas horas. Sin embargo, la ternura que ella le inspiraba se impuso y le obligó a responderle.

–Sí, voy a ducharme.

–Bien, estaré en el comedor. No tengas prisa, cariño –respondió ella desde el otro lado de la puerta.

Dado que ya no podía demorar por más tiempo su salida del cuarto de baño, se metió en la ducha. El agua lo golpeó con su calor y recorrió su cuerpo que, sin que se hubiera percatado de ello, se le había helado mientras se contemplaba ensimismado en el espejo. Fue un alivio cerrar los ojos y sentirla resbalar por su piel. Alzó el mando para que cayera con más presión, hasta que la fuerza de cada diminuto chorro llegó a hacerle daño en los hombros y en la cabeza.

Cuando entró en el comedor, encontró a Catherine mirando a través de la ventana desde su silla de ruedas. Rondaría los cincuenta años y era muy hermosa, aunque la severidad de su enfermedad no se manifestaba tan solo en el hecho de que estuviera postrada en una silla que en pocas ocasiones abandonaba por su propio pie. El agotamiento se había cebado con su rostro, de piel muy clara, tanto que contrastaba violentamente con su cabello rojizo y con unos ojos que hacían justicia a su origen irlandés. Eran de color esmeralda, como aquella isla lejana, pero tan presente en sus pensamientos. Su aspecto, a causa de la luz proveniente de la ventana que le iluminaba el rostro a duras penas, le pareció a Connell una imagen prerrafaelista. Cuántas veces, sin saber por qué, al ver aquel cuadro de Frederick Leighton de la mujer dormida cuyo vestido de tonos llameantes parece palpar en el lienzo, se había acordado él de su madre. Ahora, en cambio, según incidía la claridad en su rostro y vestida como iba con ropa negra, parecía que el cuadro se hubiera visto relegado a un rincón en las tinieblas que la rodeaban.

Se acercó a ella despacio, pero con la intención de que pudiera oír sus pisadas para no sobresaltarla. Sin girarse para mirarlo le saludó y alzó hacia él una mano que Connell tomó y apretó entre las

suyas. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla y entonces ella sí lo miró. En un instante se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sus labios, aún hermosos, aparecían muy juntos, obligados por la fuerza de la mandíbula al apretar los dientes. El gesto reflejaba, sin duda, el intento de la mujer por evitar llorar, por atrapar las lágrimas, de manera que estas formaban un brillante cristal perfecto tras el que reinaba el verde de sus ojos. No obstante, se recompuso lo suficiente como para preguntarle sobre la noche anterior. Según le dijo, sus gritos habían llegado hasta su habitación, aunque no la habían despertado, porque no había dormido en toda la noche.

–Pero, mamá, estarás agotada. Deberías haber tomado alguna pastilla para dormir un poco. Hoy va a ser un día duro.

–¿Crees que no lo sé, hijo? –Connell se vio sorprendido por la ira que contenían aquellas palabras.

–Perdona, pero me preocupa lo débil que estás y ahora... tienes que cuidarte más. Por favor.

–Tranquilo, estoy bien... de verdad –su tono se suavizó–. No creas que me he pasado la noche llorando, encerrada en mi habitación y mirando al vacío. Lo cierto es que he estado escribiendo.

La miró extrañado.

–¿Escribiendo? ¿Qué?

–Nada, unas cuantas ideas y recuerdos que quería poner en orden. Lo llevo aplazando mucho tiempo –suspiró–. Curioso, cuando eso es lo único que me sobra... tiempo.

Dora entró con una bandeja y les ofreció un poco de bizcocho que ella misma había hecho muy temprano (“cocinar me ayuda a no pensar”, solía decir). Sin embargo, ninguno de los tres probó bocado. El joven y su madre tomaron té; Dora, café.

–Deberíais beberos los dos un café bien cargado, con la nohecita que habéis pasado os vendría bien –Connell hizo un gesto de asco.

Ambos observaron entonces a Catherine. Sujetaba entre las manos la taza, aferrada a su té como si le fuera la vida en ello, mientras miraba ante sí sin ver. Sus ojos, muy abiertos, eran ahora casi opacos. La infusión exhalaba un humo, danzarín y juguetón, que ascendía y se enredaba en unos pocos y finos cabellos de la mujer que se le habían escapado del flequillo. La hipnótica y vaporosa espiral se quebró de repente cuando ella se sobresaltó al oír las campanadas del reloj de cuco.

–Tenemos que irnos ya –dijo con un hilo de voz y desvió la mirada hacia la ventana–, la niña está sola allí. Debería haberme quedado con ella toda la noche.

–Mamá, eso era una locura en tu estado. Yo también podría haberme quedado, pero... –se levantó y, tras acercarse a ella, se agachó junto a su silla–, tú sabes que Cailyn ya no está allí. Aquello no es más que... su cuerpo.

Al pronunciar estas palabras le pareció como si un bloque de hielo se deslizara a lo largo de su columna vertebral. Apretó con fuerza la mano de su madre, quien lo contemplaba con los ojos brillantes, y se puso en pie sin más dilación para no tener que sostener aquella mirada ni un segundo más. Rodeó la silla de ruedas y la llevó hacia la salida.

Al llegar al tanatorio, vieron a un numeroso grupo de personas esperándoles a la entrada. Este era uno de los momentos que Connell temía, cuando aquella gente se acercara para darles el pésame. Eran casi todos amigos y algún conocido, ya que al haber muerto tiempo atrás la familia de su padre, a Connell no le quedaban más familiares vivos. Tras unos instantes en los que Catherine y Dora tuvieron que endurecerse para no sucumbir al llanto con cada muestra de cariño de los presentes, los tres atravesaron el vestíbulo y se dirigieron a una pequeña sala.

Nada más abrir la puerta, Connell vio el ataúd en el que reposaba su hermana y sintió que le fallaban las fuerzas. Empujó la silla de su madre al interior y, tras colocarla junto al féretro, se acercó hasta donde descansaba la pequeña cabeza. Aunque la vida ya no latía bajo sus mejillas, parecía que la muerte hubiera tenido la delicadeza de no alterarle el rostro ni robarle la expresión de placidez. Su cabello, tan rojo como si la sangre aún alimentara células y pensamiento, aparecía recogido en una trenza que alguien, con mucho tacto, le había colocado a un lado.

En un impulso, acercó su mano a la pálida tez y acarició con sus dedos el pómulos. Notó un frío que esperaba, pero eso no evitó que se le erizara el vello de todo el cuerpo. No llegaron las lágrimas ante esa revelación brutal de la muerte, que apoyada en su báculo cruel había tomado sin piedad aquel reino de vida que era Cailyn hasta hacía tan solo unas horas. En esos primeros instantes, Connell se sintió como si un dique de hormigón le oprimiera la garganta para asfixiarlo; sin embargo, unos segundos después lo inundó una ola de ira que se llevó por delante el dique. Tras apretar los puños de pura impotencia, tomó aire y volvió a deslizar los dedos por la piel todavía suave de la niña. En la barbilla se apreciaba una marca cuyo color rojizo ya comenzaba a atenuarse

y teñirse de azul en los bordes. Se trataba de un picotazo de abeja, al igual que otras tantas marcas que habían hallado en su cabeza y en sus manos.

La mente de Connell viajó de pronto hacia pensamientos que le permitieron evadirse del atroz dolor. Pudo ver a Cailyn una vez más, riendo sin parar desde sus enormes ojos pícaros. Aquella personita tan frágil soltaba unas poderosas carcajadas cuando su hermano le hacía cosquillas cada mañana para ayudarle a salir de la cama. Pero si había algo que Connell había admirado especialmente era la forma en la que ella tocaba el violín... Le parecía que la niña se transformaba, se convertía en instrumento para traducir al mundo sus palabras, sonoras, poderosas, tan evocadoras de sensaciones. A veces se diría que la música tomara posesión de la chiquilla y dirigiera no solo sus movimientos, sino incluso su mirada, que durante el tiempo que durara la pieza que tocaba, se tornaba adulta, sabia.

De repente, Catherine empezó a hablarle a Cailyn como si esta pudiera oírla y hasta responderle, lo que arrancó a Connell de sus pensamientos. Dora, que observaba la escena tras la silla de ruedas, comenzó a emitir un leve sollozo que intentaba ahogar tras un pañuelo blanco con el que se enjugaba las lágrimas. En ese momento, Catherine se giró hacia ella, le tomó la mano y la atrajo hacia sí. Al hacerlo, por fin comenzó a deslizarse el llanto también desde aquellos ojos verdes, enrojecidos por el agotamiento y el pesar. Connell no pudo soportarlo más y, tras acercarse a las dos mujeres, las rodeó con sus brazos, como si al abarcarlas pudiera protegerlas de todo y aislarlas con su fuerza de la tragedia que inundaba la habitación y que acabaría por engullirlos a los tres. A pesar de ello, su mirada seguía sin humedecerse, en apariencia impertérrita, pero cada vez más endurecida y refrendada en su obstinación por el ceño fruncido y por aquella aflicción que apenas le permitía tragar saliva.

Una hora después la comitiva emprendió rumbo hacia el cementerio, situado en las afueras. Al coche de Connell lo seguían otros cuatro más y todos serpenteaban por las calles ante la curiosa mirada de los viandantes, que observaban el coche fúnebre con el alivio mezquino de no ser ellos quienes fueran en su interior. Las enormes coronas eran visibles desde la distancia y le otorgaban irónicamente un aspecto casi festivo al cortejo fúnebre.

Aunque la zona principal del cementerio era de un tamaño más bien reducido, en la parte trasera se abría una explanada de hierba bastante crecida que ofrecía un entorno hermoso, incluso bucólico. Lo habitual era enterrar a los muertos en el interior de nichos situados en las paredes, pero tan solo unos meses antes se había decidido habilitar unos campos cercanos para aquellos cuyos familiares

no estuvieran enterrados allí o que no tuvieran familia. En el caso de Cailyn, nadie esperaba su compañía, pues a su padre, Antonio Martín, lo habían incinerado unos años atrás.

Si no hubiera sido por el terrible motivo que lo arrastraba allí en esa mañana de invierno, Connell habría disfrutado del paisaje. Aquella explanada verde se agitaba como un mar, mecida por la mano suave de la gélida brisa. El prado lindaba en la distancia con unas altas colinas. Estas ocultaban por muy poco los edificios que se agolpaban tan solo unos metros más allá y servían de telón de fondo para la tragedia que se iba a representar. Como colofón para la escena, grandes nubarrones negruzcos se habían acomodado en sus asientos de primera fila para asistir al entierro de Cailyn.

Cuando ya todos se encontraban reunidos en torno a un hueco recién excavado en la tierra, aparecieron unos hombres que portaban el ataúd y lo colocaron en medio de aquel grupo de personas.

Connell, enfundado en un abrigo gris y con una bufanda negra alrededor del cuello, miró hacia lo alto y, tras cerrar los ojos, respiró profundamente mientras sujetaba la mano de su madre de pie, tras su silla. Con las piernas cubiertas por una pequeña manta de cuadros escoceses, ella lloraba absorta y en silencio; las palabras del cura se difuminaban en la voz ligera del viento, lejos de los pensamientos de Catherine. Los ojos de Dora, anegados por las lágrimas, estaban fijos en el ataúd, aunque ella también se había evadido por unos instantes de aquel lugar y buceaba en los recuerdos.

Connell permaneció inmóvil, con el rostro dirigido hacia el cielo, hasta que el canto de un pájaro le hizo mirar hacia su izquierda, sobre una tumba situada a unos pocos pasos. Se trataba de una pequeña ave más bien regordeta que parecía estar mirándolo directamente. Tenía el cuerpo de color gris claro, aunque su pecho resplandecía naranja, casi rojizo, y sus alas y el lomo mostraban tonalidades marrones. Él soltó la mano de su madre, que ni siquiera se percató de ello, y, para sorpresa de los presentes, se acercó hasta la lápida en la que el petirrojo se había posado. Le resultaba curioso que un animal tan diminuto lo observara y no saliera volando al verlo aproximarse.

–Hola... No me mires así, eres tú quien me ha llamado –la diminuta cabeza se ladeaba de vez en cuando, como si intentara comprender lo que aquel humano le susurraba.

Una gota humedeció la frente de Connell, que miró hacia arriba y cerró de nuevo los ojos. Inspiró para llenar sus pulmones con el aroma de la lluvia. Dos, tres, cuatro gotas... Aunque el agua comenzó a caer con bastante fuerza, permaneció allí, bajo ese cielo cuyas lágrimas le mojaban el rostro sin ser las suyas. Él tenía motivo para derramarlas y, sin embargo, era el cielo quien lloraba en su lugar. ¿Qué le estaba pasando? Apretó los ojos aún cerrados y bajó la cabeza. Los volvió a

abrir y miró hacia la lápida en la que antes se hallaba el pajarillo. Se había marchado sin hacer ni un solo ruido de aleteo, ni un canto.

Tampoco se había despedido.

Dio media vuelta y vio que el grupo de personas se había transformado en un caleidoscopio de círculos que formaban un escudo protector contra la lluvia. El cura había acabado su sermón y estaba acercándose al ataúd. Comenzó a balancear el incensario para esparcir su fragancia por todas partes, tras lo cual lo salpicó con gotas de agua santa ante la mirada acongojada de los presentes. Los mismos hombres que habían portado el féretro se disponían ya a depositarlo en el hueco con las poleas que había allí para tal fin. Connell miró a su alrededor y vio, a pocos metros, algunas diminutas flores azuladas con cinco pétalos cada una. Extrañado por encontrarlas en un momento tan frío del año, se acercó y, tras arrancar con cuidado unas cuantas, se encaminó hacia Catherine, que lo miró como si estuviera recobrándose de un trance. Sus ojos no acababan de enfocarlo, a pesar de que casi no le quedaban ya lágrimas por derramar. Sin embargo, al ver las flores que este le ofrecía musitó la palabra “nomeolvides” en inglés y sonrió con tristeza, apretándole la mano. Él le entregó el ramillete y la ayudó a ponerse en pie mientras los hombres, sujetando con fuerza las poleas, comenzaban a introducir el ataúd en la tierra. Connell contempló como descendía e intentó no pensar en lo que aquel llevaba en su interior. Acompañó a su madre hasta el borde del agujero y, una vez allí, esta se giró y le dio una flor a él y otra a Dora.

Cuando el féretro yacía en el fondo y el sacerdote recitaba las últimas oraciones, la lluvia arreció sobre aquel grupo de personas parapetadas bajo su propio techo multicolor. Entonces Catherine dejó caer en el interior de la tumba las pocas flores que le quedaban, a la vez que varias lágrimas se escapaban de sus ojos y se depositaban en el lecho de la niña. Allí reposarían para siempre con ella.

–Adiós, mi pequeña. No temas, que no estarás sola. Toda la familia te acompaña en tu nuevo camino, para guiarte y cuidarte hasta que volvamos a reunirnos... Recuérdanos y mantén viva la música que nos llevará hasta ti cuando nuestros días aquí toquen a su fin... –sin darse cuenta, o tal vez sí, había pronunciado aquellas palabras en gaélico, por lo que nadie, excepto Dora y Connell, las entendieron.

Catherine tragó saliva y otras dos lágrimas de gran tamaño rodaron por sus mejillas y se detuvieron por unos instantes en sus pálidos labios, que temblaban de dolor y frío. Allí permanecieron, rebosantes durante unos segundos, para precipitarse después, agotadas por su propio peso, sobre la húmeda tierra.

La mujer parecía estar a punto de decir algo más cuando, de repente, le fallaron las fuerzas y se desvaneció. Connell y Dora reaccionaron a tiempo para no dejarla caer, pero aun así varios de los presentes se lanzaron en su ayuda y la sentaron en su silla de ruedas.

–No te preocupes, hijo –dijo Dora–, es normal. Bastante ha soportado por hoy. Llémosla a casa; aquí ya no hay nada que hacer –su mirada gris era más acerada que nunca, sin duda a causa de su esfuerzo por no derrumbarse también.

–Un momento –repuso él mientras recogía del suelo la flor que su madre le había entregado. Tras acercarse a la tumba, Connell besó la flor que llevaba y la dejó caer encima del ataúd, junto con las que ella había arrojado allí. Dora hizo lo propio y ambos, tras mirarse a los ojos e infundirse fuerzas mutuamente, empujaron la silla hacia la salida cubiertos por los paraguas de los amigos. Cuando ya avanzaban por el caminito de arena que atravesaba la explanada, Connell se giró un instante para mirar hacia donde los enterradores echaban paladas de tierra. Se le hizo un nudo en el estómago y le dieron ganas de vomitar, pero se forzó a caminar y solo desvió la vista del sendero al escuchar un gorjeo proveniente de un arbusto cercano. El regordete pajarillo lo observaba cobijado de la lluvia bajo unas ramas. Su mirada inteligente y su canto, que aún resonaba en los oídos del joven, le regalaron ecos del pasado y lo inundaron con una nostalgia de algo desconocido que parecía llamarlo hacia algún lugar dentro de sí mismo. Al topar una de las ruedas de la silla con una piedrecilla que le impedía rodar, su atención se desvió. Solo unos segundos después, al buscar al petirrojo, comprobó una vez más que este se había esfumado.